

¿Crisis del marxismo?

El derrumbe de los regímenes de poder configurados tras la finalización de la segunda guerra mundial, en Europa del este, y la extinción de la Unión Soviética, han dado pábulo a toda una serie de interpretaciones y a una serie de discursos que pretenden explicar la crisis y el derrumbe en términos ideológicos y no socio-históricos, proclamando el fin del comunismo y la bancarrota teórica y práctica del marxismo.

Los discursos de los apologetas y actores políticos del mundo capitalista descansan en el supuesto común de que el *socialismo* o *comunismo* constituye una *aberración metafísica* y esto los lleva a identificar la crisis de los regímenes históricos y su derrumbamiento, con la concepción marxista del mundo y con la obra de Marx. El *Manifiesto comunista* y *El capital* constituyeron un exabrupto mental que condujo a los desatinos prácticos del "comunismo" del siglo XX.

Este tipo de condena metafísica proviene del pensamiento burgués, se basa en el principio que identifica el orden capitalista con el orden natural (es decir, como expresión del ser propio del hombre) y que lleva a condenar toda proposición antiburguesa y sobre todo, revolucionaria del orden burgués. Esta misma posición ideológica se prolonga hacia las teorías del fin de la historia y del fin de las ideologías. En éstas, la culminación de la historia es la sociedad regida por el dominio incuestionable del capital y de las formas de conciencia que le son inherentes: la inmediatez fetichista y las ciencias positivas, configuradas bajo

el paradigma del positivismo, las cuales consideran innecesarias cualquier forma de *pensamiento negativo*, en cuanto lo que es (el orden capitalista) se hace idéntico a lo que puede y debe ser (el orden capitalista se convierte en el único mundo posible).

De esta manera, las tensiones y contradicciones son simples desajustes que se resuelven mediante técnicas que únicamente confirman, por definición, el orden capitalista. En esta perspectiva, el pensamiento negativo o contestatario, expresado en las ideologías progresistas y revolucionarias o por las utopías, carece de sentido y puede ser considerado (y tratado) como resultado de mentes extraviadas o satánicas o deleznable. La utopía — un mundo sin explotación— deviene lo absolutamente imposible para la constitución de las sociedades humanas. El tema del fin de las ideologías supone, entonces, la liquidación de todas las ideologías y formas de conciencia que critican o proponen alternativas a la espiritualidad capitalista, burguesa. Por consiguiente, en cuanto el marxismo es básicamente una concepción revolucionaria del orden burgués y la crítica radical de su materialidad y espiritualidad, entonces su crisis, real o imaginaria, no hace sino fanatizar a quienes sólo pueden *valorar la realidad desde el capitalismo* y llevarlos a declarar la aberración de su existencia y a demandar inmediatamente su entierro.

Por supuesto, la tesis que identifica absolutamente la obra teórica de Marx con la utopía mar-



xista, marxismo-leninismo, lucha revolucionaria y socialismo histórico, es totalmente arbitraria y no resiste ninguna discusión conceptual. Sería equivalente a identificar absolutamente el mensaje del evangelio con alguna concepción cristiana del mundo (la católica vaticana, por ejemplo) o con algún papado específico (el de Alejandro VI) y deducir de la profunda inmoralidad de este último la inmoralidad de la Iglesia.

Un tipo de discurso burgués más específico alude a la crisis del socialismo y del marxismo como un "gran engaño" y enumera los mitos socialistas o marxistas a los que ya no se podrá jamás retornar: el Estado como representante del pueblo, la dictadura del proletariado, el partido comunista como vanguardia de la clase obrera, la economía socialista como estadio superior de las relaciones de producción de la humanidad, el marxismo-leninismo como visión científica de la realidad, la causa comunista como opción histórica progresista, el internacionalismo proletario y la misión histórica mundial de la clase obrera.

De estos mitos, cuatro de ellos nacen articulados con la obra teórica de Marx-Engels (el marxis-

mo original) y el resto expresan o una forma de desarrollo histórico (y teórico) del marxismo original o una ruptura teórica y práctica con él. Examinemos brevemente algunos "mitos" del marxismo original.

La dictadura del proletariado. Esta es una categoría del discurso teórico-práctico de Marx-Engels (en el marxismo original, la "dictadura del proletariado" significa la autoconfiguración de los explotados como sujetos políticos). Entenderla significa relacionarla con la articulación necesaria que establece el análisis marxista entre estructura clasista de la sociedad y forma dictatorial de la dominación política y, sobre todo, aceptar que la dictadura del proletariado es una forma *transitoria* de dominio político, propia de una fase de transición en la que se destruye el orden social capitalista y se construye el orden socialista (ver *Crítica al programa de Gotha*), y donde "socialismo", en el discurso de Marx-Engels, no designa realidades históricas concretas.

Ahora bien, los significados y valoraciones de la dictadura del proletariado como fenómeno permanente o como "dictadura" en nombre del prole-

tariado son determinaciones surgidas al interior de las prácticas del socialismo real, en un sólo país o de la experiencia revolucionaria bolchevique. Su relación con el marxismo original exige, por lo menos, una discusión. El maoísmo acuñó, por ejemplo, la expresión "dictadura del pueblo" para dar cuenta de la forma de transición al socialismo en China. Para la concepción china, la dictadura del pueblo contiene la más amplia democracia en el seno del pueblo y la *dictadura* contra los enemigos del mismo.

De modo que el tema de la dictadura del proletariado no puede ser enfocado ni teórica, ni histórica ni prácticamente con el mero abandono del término "dictadura del proletariado", que está lejos de ser unívoco. Además hay que señalar que entre la concepción y el uso marxista original de la dictadura del proletariado —la clase como actor político autónomo— y los que se han originado en el siglo XX, no existe continuidad, sino una ruptura teórica y práctica, no siempre asumida correctamente.

La economía socialista como estadio superior de las relaciones de producción de la humanidad. La expresión "economía socialista" designa una economía hecha posible por el desarrollo conflictivo de la economía y de las formas de propiedad capitalista. Pero, además, economía socialista designa una economía alternativa a la economía capitalista en cuanto ésta hace imposible el ser del hombre y destruye el medio. La expresión "estadio superior" no designa un capitalismo corregido y mejorado, sino un ámbito económico-social donde el ser humano sea posible y permita su auto-reproducción material y espiritual. Una condición necesaria para ello (aunque no suficiente) es la socialización de los medios de producción. Sin embargo, cuando esta socialización de los medios de producción se identifica con la propiedad estatal de los mismos (con lo cual socialización sería igual a estatización), entonces se hace posible la existencia de una "sociedad socialista" mistificada, explotadora y negadora del ser humano.

Socialismo, en realidad, no designa sólo la socialización (control social de los productores sobre los medios de producción), sino también la *tendencia a la liquidación de cualquier formas de ex-*

plotación. Así que, la idea de que la economía socialista se configura mediante la *estatización* de la propiedad no proviene del marxismo original, sino de las características específicas del proceso revolucionario soviético y del efecto de su modelo en otros procesos revolucionarios.

La causa comunista como opción histórico-progresista. "Comunismo", para Marx-Engels, designa una forma de existencia social en la que cada ser humano es históricamente dueño de su vida y puede desarrollar libremente su personalidad (representa la superación definitiva del "reino de la necesidad" y la realización plena del "reino de la libertad"). Marx describe esta fase de realización comunitaria del ser humano como un estadio en el que cada cual producirá según sus capacidades y recibirá según sus necesidades. Las expresiones "comunismo" y "comunista" designan un componente fundamental de la *utopía marxista*, y utopía, por definición, es aquello que no se puede realizar (lo imposible), pero que orienta y guía (contribuye a conocer y construir) al mismo tiempo lo *posible*. No pueden existir, por tanto, sociedades comunistas, y expresiones como "partido comunista", "comunismo soviético", etc., designan *entidades históricas* que pueden estar mejor o peor vinculadas, cerca o más lejos, del concepto trascendental de comunismo, con la utopía comunista. Como toda utopía entendida así, la utopía comunista es una forma de *pensamiento negativo*, fundamental para los procesos de liberación en que hasta hoy ha consistido la realización histórica del hombre. Desde esta perspectiva, la causa comunista *sí forma parte* de una opción histórica para lograr la humanización plena del hombre en la historia.

El internacionalismo proletario y la misión histórica mundial de la clase obrera. Esta tesis hay que contextualizarla en la comprensión estructural que Marx-Engels realizan del modo de producción capitalista, como un modo de producción mundial, universal, ya que desde el punto de vista de la relación estructural capital-fuerza de trabajo (explotación), ésta es esencial e igual para todas las sociedades en las que se ha desarrollado determinadamente la producción capitalista. La tarea política de la clase obrera y su devenir como

fuerza revolucionaria resulta, entonces, de su posición en la estructura productiva y debe ser universal por el carácter universal de la lógica de la dominación del capital.

Lo que el discurso ideológico-burgués denomina "mito" proviene de la reducción del análisis marxista original a uno de sus niveles: a uno de los caracteres del modo de producción capitalista en función de su lógica fundamental: su expansión mundial. Pero, en este punto, el discurso marxista no posee un sólo nivel de análisis. Así, si bien por su *contenido*, la revolución es o debe ser mundial, universal, por su *forma* —esto es, por las características situacionales concretas, específicas e históricas de las fuerzas revolucionarias y sus oponentes— es *nacional y popular* (ver *Manifiesto del Partido Comunista*), justamente porque en el nivel situacional concreto, la dominación del capital se ejerce contra todos los sectores oprimidos de la población (mayorías populares) y no únicamente sobre los obreros industriales (proletariado clásico). En los niveles políticos situacionales específicos, coyunturales y concretos, la revolución es el resultado no sólo de la acción política exclusiva del proletariado, sino de la acción política de *todos* los sectores oprimidos de la población que se constituyen en *sujeto político*. Este es el significado fundamental de expresiones como "revolución de masas" o "revolución popular" o, más técnicamente, "bloque histórico revolucionario" (Gramsci).

Entonces, categorías como "internacionalismo proletario" significan, desde el punto de vista teórico, la necesidad de una revolución mundial contra la organización capitalista de la existencia humana y, desde el punto de vista práctico, como un proceso necesario que deben comprender y con el cual deben solidarizarse materialmente todos los pueblos en lucha contra la dominación del capital, pueblos cuya *forma específica* de lucha revolucionaria es propia, histórica y concreta. Desde este punto de vista, un punto como *el internacionalismo proletario* más bien entra en contradicción con tesis como la "construcción del socialismo en un sólo país" o como la "hegemonía única de Partido", o lo que fue la política soviética de gran potencia, cuestiones todas derivadas de las prácti-

cas específicas del socialismo real en el siglo XX y que se concretaron en la configuración y desarrollo de la Tercera Internacional.

En conclusión, al menos estos cuatro "mitos" surgidos del marxismo original, lejos de *haber dejado de significar* o de constituir tesis inaceptables, continúan señalando la presencia de problemas fundamentales y conflictos intrínsecos al orden capitalista y la necesidad de su resolución: *la dictadura del proletariado*, por ejemplo, indica el problema de la constitución efectivamente democrática del Estado y la cuestión del ejercicio democrático de su poder o la cuestión de los procesos de democratización al interior de los sistemas del capitalismo dependiente.

Ciertamente, hay otros mitos que, efectivamente, se han derrumbado con el derrumbe de los sistemas de poder en Europa oriental y la desaparición de la Unión Soviética. Pero son justamente aquellos mitos que gestaron en relación con el desarrollo concreto de aquellas sociedades. Así, por ejemplo, el mito de la Unión Soviética (o China o Cuba, etc.) como el *paraíso proletario*, es decir, como una sociedad en la que no existían conflictos fundamentales y donde la historia se resolvía como una marcha indefinida hacia el progreso; con la destrucción de este mito se destruye al mismo tiempo la tendencia de valorar los diversos procesos socialistas como *modelos* a imitar o venerar. Otro mito es el que se refería a la existencia de un campo socialista armónico y homogéneo, sin conflictos. Con el derrumbe de este mito aparecen con nitidez las cuestiones históricas ligadas a la existencia de un imperialismo y una geopolítica "socialista" (más bien, soviética).

De todo lo expuesto anteriormente, se pueden ir sacando una serie de conclusiones en torno a la crisis del marxismo, vinculada con la crisis del socialismo real. En primer lugar, y como muy bien lo han señalado diversos autores, la actual crisis del marxismo es superable porque la crisis *no es del marxismo*, sino que se da *en el marxismo*, en un modo muy específico de *hacer marxismo*, un modo muy dogmático, especulativo, metafísico, que estaba vinculado de manera oficial a los proyectos "socialistas" de Europa oriental. En esta línea, no todos los movimientos o todos los países

que se autodenominan marxistas han desarrollado la herencia de Marx. Han existido muchos puntos marcados por el escolasticismo y la teorización especulativa, que mistificaban la realidad y limitaban la función crítica de la teoría marxista en la construcción del socialismo.

El derrumbe de los sistemas del socialismo real, mayoritariamente en Europa, no significaba la crisis del marxismo *sin más* que, como tal, es una teoría crítica y, por lo tanto, abierta a su continuo perfeccionamiento por la autocrítica, sino que se trata de la crisis y deslegitimación de la *ideología marxista-leninista*, entendida ésta como el discurso de autoidentificación socialista, generado por el sistema estalinista de dominación, el cual no se reduce a la figura histórica de Stalin ni al "culto a la personalidad", sino que designa la configuración de un sistema histórico, soviético e internacional, de dominación y poderío fundado, al igual que el capitalismo, en la explotación y en la tendencia al sacrificio de los seres humanos. En este sentido, Gorbachov es muy elocuente: "Lo que ha muerto para siempre es el modelo creado por Stalin, que, desde el primer momento, fue una aventura, un régimen que ignoraba por completo la democracia, los derechos humanos, las exigencias de la gente, un sistema que violentaba la sociedad y traicionaba las ideas socialistas. Por tanto, mi opinión es ésta: ha muerto el modelo de Stalin. Y quiero añadir: gracias a Dios" (*El País*, 17 de febrero de 1992).

Los movimientos de liberación nacional se han visto afectados de alguna manera por la crisis de la ideología marxista-leninista. En cuanto esta crisis es presentada y difundida como la *imposibilidad del socialismo* y como ausencia de toda idea y valor alternativo al capitalismo (por lo tanto, liquidación del socialismo como proyecto revolucionario), ello afecta a toda *utopía de vida* que se presenta como opción distinta a las utopías de muerte. En este sentido, la crisis del socialismo real es presentada y protagonizada como la *crisis de las utopías* alternativas al sistema de muerte que contiene y expresa la lógica del dominio del capital y del mercado sobre los seres humanos. El concepto trascendental (Hinkelammert) de una *humanidad socializada* (reino de la libertad) aparece cuestio-

nado en su efectiva potencialidad liberadora. La crisis de un modelo se hace pasar por la crisis del socialismo sin más. Pero esto es una mistificación, porque más que la crisis del socialismo habría que hablar de la crisis de una manera de hacer el socialismo que ya no respondía a las necesidades del hombre actual.

El socialismo sigue siendo una alternativa de la humanidad. No se puede estar de acuerdo con la tesis de Fukuyama sobre el fin de la historia. La humanidad no se puede conformar con un mundo unipolar, neoliberal, en el que la mayoría aplastante de la población vive en condiciones infrahumanas y una minoría exclusiva disfruta los logros de la cultura humana. Los propios teóricos del capitalismo reconocen la incapacidad de ese sistema para congeniar propiedad privada y participación popular para resolver la contradicción entre liberalismo y democracia. En estas circunstancias, la humanidad no tiene más alternativa que apropiarse de manera social de los resultados de la producción y eso se llama socialismo.

Pero, por otra parte, es muy poco riguroso, científicamente, analizar el destino histórico del socialismo o su significado social sólo tomando en cuenta la experiencia de los países europeo-orientales. Un sistema social no se desarrolla de golpe y en un sólo momento. Si se evaluara la sociedad burguesa de Holanda del siglo XVI, de Inglaterra del XVII o de Europa posterior a la derrota de Napoleón en 1815, se podría haber llegado a la conclusión de que el capitalismo no era viable.

Es injusto, además, evaluar el destino del socialismo por la experiencia europea, que estuvo encadenada a la deformación real del socialismo que se desarrolló a partir de Stalin. Se produjo un desvío del plan leninista de construcción del socialismo y se traicionó la transformación socialista de la sociedad. No podemos juzgar el socialismo sólo por la experiencia histórica de esos países. Hay que tomar en cuenta otras experiencias.

En la historia no hay nada escrito. La suerte del socialismo no está escrita. Es utópico creer que vamos desarrollándonos de acuerdo a una historia predeterminada hacia el futuro ilusorio, cada vez mejor. El futuro será así, si lo hace la humanidad,

si lo realizan las fuerzas revolucionarias y progresistas, si éstas logran dominar la irracionalidad del mundo en que vivimos.

La historia no está determinada por leyes cie-

gas. Son leyes de la praxis humana y los hombres siempre tendrán posibilidades por las cuales optar.

H. S.

